

VI.—Artes, Ciencias y Letras.

MIENTRAS que el *Occidente* descendía á la barbarie. *Constantinopla* abundaba en artistas, arquitectos, pintores y escultores, que continuaron la tradición griega, modificando algún tanto los procedimientos y dando un sello original á sus obras, principalmente en Arquitectura. En el siglo VI, *Justiniano* mandó construir la *Iglesia de Santa Sofía* de *Constantinopla*, que ha quedado como el modelo del arte bizantino. Se compone el histórico templo de una elevada cúpula central, rodeada de otras más pequeñas; todas doradas y brillantes. Hermosas columnas, de jaspe y pórfito, y paredes cubiertas de frescos, sostienen las bóvedas: el suelo es de mosaico, y el conjunto deja una impresión general de riqueza y pompa; pero no produce la emoción propia de la belleza. La arquitectura bizantina es un arte de decadencia: faltan en él la sencillez, la pureza y la armonía; filas de santos escuetos, monótonos, que se destacan sobre fondo dorado; estatuas en forzadas actitudes, muestran el amaneramiento y el gusto estragado de una sociedad que se disuelve.

En letras y ciencias, los bizantinos no hicieron más que continuar, como en las bellas artes, la tradición greco-romana; pero como en aquéllas, no pudieron avanzar, sino que se limitaron á repetir, á copiar, á examinar y á extraer lo que habían dicho los poetas, oradores y sabios de Atenas y Alejandría. *Focio*, el hombre más instruido de su tiempo, compuso el *Miribiblión* (diez mil libros), en que aspiraba á condensar la ciencia de los antiguos helenos. Pero si no añadieron nada, conservaron por lo menos las obras maestras de los buenos tiempos de *Grecia*, sirviendo así de eslabón entre la cultura antigua y la moderna.

CAPITULO II.

Los Arabes.—Mahoma.

I.—Origen de los Arabes.

L Sudeste de *Siria*, entre el *Mar Rojo*, el *golfo Pérsico* y el *mar de Omán*, se encuentra una vasta península que estuvo habitada desde tiempos remotos. Según la *Biblia*, *Abraham* tuvo de su esclava *Agar* á *Ismael*, padre de los *Ismaelitas*, antepasados de los *árabes*. Eran de la misma raza *semítica* que los *hebreos*, y durante muchos siglos vivieron apartados de todas las revoluciones que agitaron el Oriente. Ninguno de los conquistadores, ni *Alejandro* ni *Pompeyo*, ni *César* ni *Trajano*, pasó de los arenales de *Siria*. Y en verdad que no era á propósito aquel semillero de tribus para tentar la codicia de nadie. En efecto, algunos de estas tribus tenían pequeñas poblaciones y campos cultivados y comerciaban en café, incienso y dátiles, con los pueblos de *Siria*: pero el mayor número vivía en el desierto con sus rebaños, como pastores y bandidos al mismo tiempo. La guerra era continua entre estas tribus, si bien todas hablaban el mismo idioma, adoraban los mismos dioses y se consideraban de un mismo origen, como descendientes del mismo padre, de *Abraham*, que lo era también de los *judíos*.

II.—Religión y Culto primitivos.


LOS *árabes*, como de la misma raza que los *judíos*, tenían análogas concepciones religiosas, aunque desfiguradas después á causa probablemente del aislamiento y atraso en que vivieron por más

de veinte siglos, mientras que los *hebreos* se ilustraban en contacto con los pueblos más adelantados de la antigüedad.

Los *árabes*, creían en un «dios creador y supremo» como el *Jehová* hebreo; le llamaban *Alla-Taala*. Después, adoraron á los espíritus invisibles (*dijns*), que representaban bajo formas diferentes.

En medio de la anarquía en que vivían las tribus era imposible la uniformidad en la religión y en el culto; no obstante, todas reconocían por centro de su adoración la *Kaaba*, venerable santuario de la *Meca*. Lo singular y sencillo de este adoratorio contrastaba con su importancia. Tenía la forma de un cubo, con sus paredes recubiertas interiormente de lana, y contenía, juntamente con 360 ídolos pertenecientes á otras tantas tribus, la famosa *pedra negra*, objeto primordial de adoración entre los árabes primitivos.


III.—Mahoma.—La nueva Religión.

L destinado á reformar la religión de los árabes y á influir tan poderosamente en el porvenir de este pueblo, nació entre los *Koreiskitas*, que era la tribu principal por la religión y la política, puesto que eran los fieles custodios de la *Kaaba* y los *Señores* ó dueños de la *Meca*. La juventud del futuro Profeta pasó inadvertida en la monótona vida de periódicos viajes á la *Siria*, con cuyas principales poblaciones comerciaba su tribu. Sábese que era enfermizo y de compleción débil, que padecía de ataques de nervios y de accesos de calentura. Como entrara en la secta de los descontentos llamados *hanif* (ímpios), que adoraban al «dios de Abraham,» fué perseguido por los *fieles* y se retiró á una legua de la *Meca*, en agreste sitio, bañado por la luz blanca y brillante de un sol del mediodía.

Según la leyenda, *Mahoma* vió en aquel retiro á un «ser poderoso» (el ángel Gabriel), y oyó una voz que le dijo: «Predica» (*Ikra*)—«No sé»—contestó *Mahoma*—«Predica!»—repitió la voz. Tal fué el «decreto divino» (611) que dió origen á una nueva religión y que infundió vida y aliento al enfermizo y tímido *Mahoma*. Desde en-

tonces, el reformador se consagró con toda la fe de un fanático y con todo el ardor de su temperamento, á extender sus creencias. Empezó por convertir á su mujer y á sus hijos, se atrajo luego á sus parientes más lejanos y á sus amigos; pero como era de suponer, los celosos, los fieles al culto idólatra de sus antepasados, opusieron resistencia, le hicieron cruda guerra y lo obligaron, juntamente con sus compañeros, á huir á *Medina* (622). Allí adquirió medios y recursos suficientes con que atacar á sus enemigos; y al frente de sus *fieles* derrotó en breve tiempo á los jefes de la *Meca* y sometió á las tribus vecinas. A su muerte, la nueva religión que predicara el profeta, quedaba sólidamente establecida (632).

IV.—El Islamismo.

AHOMA se creía «inspirado por Dios» y trataba de restaurar la *religión verdadera*; creía también que bastaba volver á la pureza primitiva de la religión predicada por los profetas, Noé, Abraham, Moisés, Jesús, entre los cuales él era el último y mayor de todos. «Creer en un solo Dios y cumplir los preceptos que envía á los hombres,» tal es la esencia de la religión mahometana que puede condensarse en las siguientes palabras: «Dios es Dios, y Mahoma su profeta.»

Creencias y preceptos de esa religión están contenidos en el *Corán* (Libro), tan sagrado para los árabes como la *Biblia* para los Judíos, y el *Evangelio* para los cristianos. Está dividido en ciento catorce capítulos (*sura* ó *surate*) añadidos en el orden de su extensión, comenzando por los más largos. Es la colección de los fragmentos que dictó el profeta á su secretario *Zaid*. Como «la Biblia,» forma un Código religioso, moral, político y civil, y más que en aquella, todo está revuelto y confundido.

La religión de Mahoma es una religión fatalista; de aquí el nombre de *Islamismo*, de *Islam*, voz que signifi-

ca «resignación á la voluntad divina,» y el de *musulmanes* (resignados) á los fieles. El *cielo* y el *infierno* (*Gehenne*) no difieren mucho de estas mismas concepciones entre los cristianos. «Los que vivan en el jardín de las delicias,» dice el *Corán*, «descansarán en asientos adornados con oro y pedrerías, se mirarán frente á frente... Serán servidos por seres de eterna belleza y juventud; comerán de los frutos que apetezcan, y junto á ellos habrá vírgenes de hermosos ojos negros, parecidos á las perlas en el nácar... Los réprobos vivirán en medio de vientos pestilenciales y en negra humareda... beberán aguas hirvientes, etc.» [1]. Por esto se ha dicho que «el *Islamismo* es una herejía del *Cristianismo* para uso de los *árabes*.»

El culto consiste en orar «cinco veces al día,» anunciadas desde la mezquita por el *muezín* (pregonero): en *abluciones* «con agua ó arena» á horas fijas, antes de la oración, y en ayunar durante un mes (*Ramadán*). El *Corán* aconseja la limosna, la resignación á la voluntad divina, y prohíbe expresamente «beber vino,» «prestar con usura» y «cometer acciones ruines.»

En 632 murió Mahoma, y ya para 711 los *musulmanes* habían conquistado la *Siria*, la *Palestina*, la *Persia*, la *Armenia*, el *Turquestán*, parte de la *India*, el *Egipto*, *Trípoli*, *Africa* y *España*. Ninguna religión se ha propagado con mayor rapidez; el profeta prometió el paraíso á los que muriesen en el campo de batalla, en la guerra santa contra los infieles. Nadie pudo contener á estos fanáticos. Si la providencia de la historia no suscita á *Carlos Martel*, el héroe franco, tal vez toda la Europa habría sido musulmana; pero los destinos de la civilización occidental estaban más arriba, á donde no podía llegar la cimitarra de los *Califas*.

(1) Es indudable que Mahoma conoció las doctrinas de Moisés y de Cristo: pero muy incompletamente. Cuanto á los evangelios consta que sólo conoció los apócrifos.

CAPITULO III.

El Califato.—Conquistas de los Arabes.

I.—Abu Bekr, Omar y Otman. (632 á 636).



LA muerte de *Mahoma*, *Abu Bekr* (su discípulo), pronunció la oración en nombre del Profeta, y fué reconocido como «jefe de los creyentes» (*Califa*). De allí en adelante quedó establecido que el *Califa*, representante del Profeta, eligiera á su sucesor: la elección popular fué siempre nominal meramente.

Abu Bekr, que reinó solamente dos años, designó para sucederle á *Omar*, en cuya época comienzan realmente las conquistas, que continúan con el mismo brillo en la del *Califa Otmán*. Los árabes guiados por jefes decididos y animados por un espíritu fanático incontrastable, conquistan la *Siria* y la *Palestina*, apoderándose de *Damasco* y *Jerusalén*, que los degenerados bizantinos no pudieron defender; atraviesan el *Eufrates* y el *Tigris*, sojuzgan la *Persia*, al mismo tiempo que sus tenientes invaden el *Egipto*, sitian á *Alejandro* y la destruyen, [destrucción lamentable, pues que con ella perecen los restos de la Biblioteca de Tolomeo]; edificando poco después la ciudad de *Cairo*, á la derecha del *Nilo*, junto á las ruínas de *Menfis*.

Los pueblos sometidos por los *árabes* eran demasiado diferentes en costumbres y carácter, para que pudiesen permanecer por mucho tiempo unidos; así es que pronto apareció la división ó *cisma*.